

sobre el otro algunas horas de ventaja: los aliados lo consiguieron dejando atrás al mariscal francés, y sus columnas pudieron situarse entre la plaza y el ejército de Villars que á ella se encaminaba.

El mariscal sólo podía elegir entre librar la batalla ó dejar que Mons fuera tomada, y así estaban las cosas antes de la batalla de Malplaquet que se dió en 11 de setiembre de 1709.

Fué aquella la batalla mas grande y de fijo la mas sangrienta de cuantas se libraron durante la guerra de sucesion española, habiéndose calculado que se encontraron en ella frente á frente unos cien mil combatientes por parte de los aliados y cerca de noventa mil por parte de los franceses (1). En uno y otro campo dirigian, peleaban y enseñaban los mas ilustres generales de aquella generacion y de las guerras futuras: Luis XIV habia enviado últimamente al general Villars, en calidad de asesor experto y, en caso necesario, de sustituto, el anciano mariscal Boufflers, el ilustre defensor de Lila, y además entre los oficiales jóvenes del ejército francés habia doce que estaban en posesion del baston de mariscal. En el campamento de Marlborough y Eugenio estaba el príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia que entonces contaba veintiun años y que con profunda atencion y verdadero afan de aprender supo hacerse cargo de lo que mas adelante debia servirle (2). En el contingente prusiano que mandaba el general Lottum servia como abanderado el joven elector Cristóbal de Schwerin, el futuro vencedor de Mollwitz, y tambien tomó parte en la batalla bajo el cuidado del general sajón Matías de Schulemburg, despues gran general veneciano, el hijo de Augusto el Fuerte y de la condesa Aurora de Koenigsmark, Mauricio, niño de trece años, futuro «mariscal de Sajonia,» el que un día habia de conducir al ejército francés á las mas brillantes victorias.

El día 11 de setiembre se dió la batalla: Villars por la fuerza de las circunstancias combatió á la defensiva, esperando detrás de sus atrincheramientos, magistralmente contruidos, el ataque de los aliados, lo cual si por un lado explica las escasas pérdidas de los franceses, por otro no dejó de influir en la derrota de estos. La lucha fué sangrienta y se prolongó desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la tarde: los dos bandos, dirigidos de una manera admirable, combatieron denodada y tenazmente y Villars se mostró digno adversario de los dos grandes generales que enfrente tenia. Largo tiempo estuvo indecisa la batalla: Villars fué herido en una rodilla, viéndose imposibilitado de continuar la lucha y siendo retirado de la accion sin sentido. Sustituyóle en el mando el mariscal Boufflers, pero este cambio en lo mas recio del combate fué funesto para la resistencia ya muy quebrantada del ejército francés, algunas de cuyas trincheras fueron tomadas por la infantería de los aliados. Detrás de estas y en campo raso trabóse un reñido combate de caballería que duró dos horas y cuyo éxito parecia dudoso hasta que dió un enérgico ataque la infantería aliada al frente de la cual iban los holandeses á las órdenes del príncipe de Orange, seguidos por los ingleses, prusianos, sajones é imperiales.

(1) Noorden, tomo III, pág. 533: este autor, sin embargo, señala las grandes dificultades que impiden hacer un cálculo seguro.

(2) «El príncipe real estuvo siempre al lado de Milord Duque (Marlborough) y del príncipe Eugenio en todos los puntos en que era necesaria su presencia: de seis hombres de armas que le acompañaban, fueron muertos dos junto á él, que mostró en todas partes una serenidad y una intrepidez dignas de la augusta sangre de donde ha salido.» Relato de la batalla del coronel prusiano Grumbkow, fechado en 15 de setiembre de 1709, inserto en Droysen, tomo IV, pág. 280. Véanse tambien las noticias relativas al príncipe heredero en Natzmer: *Cuadros vivientes del siglo que siguió á las grandes guerras alemanas* (Gotha, 1892), en la biografía del feldmariscal Dubislav Gneomar de Natzmer, que tambien tomó parte en la batalla, pág. 151.

La batalla no terminó con la derrota completa de los franceses: Boufflers hubiera podido continuar la lucha, aunque sin esperanza de triunfo; pero prefiriendo salvar para Francia un ejército no completamente vencido, á las cuatro de la tarde mandó suspender el combate y ordenó la retirada general, que se llevó á cabo magistralmente, retirándose los distintos cuerpos de ejército en perfecta formacion. Los vencedores estaban demasiado cansados para perseguir á los vencidos, así es que Boufflers pudo llegar tranquilamente hasta el campamento que se habia levantado entre Valenciennes y Quesnoy para que en él pudiera refugiarse el ejército en el caso de que hubiera de emprender la retirada.

Eugenio y Marlborough habian conseguido por fin la gran victoria que tanto deseaban, pues que habian quedado dueños del campo de batalla. La invencibilidad de ambos generales ilustres habíase confirmado nuevamente; pero la lucha contra los franceses protegidos por fuertes atrincheramientos habia costado terribles pérdidas. La batalla de Malplaquet ofrece la particularidad de que el número de muertos y heridos de los vencedores fué doble del de los vencidos, pues aquellos tuvieron mas de 22,000 bajas y estos unas 11,000. No habia, pues, que pensar en que los aliados pudieran, como se habia esperado, dirigirse hácia el interior de Francia y dictar delante de París la paz; bastante hicieron con poder sitiarse en las siguientes semanas y sin ser por nadie molestados la plaza de Mons, que se resistió mucho mas tiempo de lo que se creía, no rindiéndose hasta el día 20 de octubre.

La batalla de Malplaquet presenta, además, otra particularidad y es que los vencidos se mostraron casi mas satisfechos de ella que los vencedores. Para los aliados no fué la accion decisiva que habian esperado, sino que inmediatamente despues de la toma de Mons, Eugenio y Marlborough se dirigieron al Haya á fin de hacer los preparativos, cada vez mas difíciles, para la campaña del año siguiente, y entretanto habia fracasado sin gloria alguna la otra parte de los planes para 1709 concebidos, á saber, la empresa piemontesa-borgoñona de que ya hemos hablado. En Francia comenzábase entonces á respirar: pasado el primer terror, pronto los franceses llegaron á convencerse de que la jornada de Malplaquet habia sido en realidad una victoria para sus armas (3): el herido mariscal Villars fué el héroe del día; y los parisenses se burlaban del verdadero vencedor cantando el *Marlborough s'en va-t-en guerre*.

Pero todos estos síntomas de la indomable arrogancia de los franceses ¿qué significaban ante las terribles realidades que precisamente entonces ponian de manifiesto Boisguilbert en el *Factum de la France* y Vauban en su obra sobre el diezmo real, ambas impresas en 1707? Francia se encontraba al borde de la ruina interior, al paso que sus enemigos exteriores preparaban un nuevo y formidable golpe que cada día parecia mas imposible de resistir. Si Luis XIV se hubiera visto reducido á sus propias fuerzas, cada vez mas agotadas, no habria podido tardar mucho tiempo en sucumbir ante la adversa suerte.

En los años siguientes continuó la lucha armada, pero con la batalla de Malplaquet se habia llegado por ambas partes al punto culminante de la guerra bajo el punto de vista militar, y desde entonces la labor diplomática, comenzada hacia algunos años, fué adquiriendo cada vez mas preponderancia, hasta que pudo encontrar una solucion definitiva.

(3) «Los enemigos pueden decir que ganaron la accion, pues que quedaron dueños del campo de batalla; pero el ejército de Vuestra Majestad la ha ganado verdaderamente por el número prodigioso de muertos que en ella ha tenido el enemigo.» Villars á Luis XIV. Véase de Vogué, tomo I, pág. 379.

Esta solucion vino á consecuencia de nuevos y grandes acontecimientos que nadie hubiera podido calcular, ni siquiera prever.

CAPITULO VI

PACES DE UTRECHT, RASTATT Y BADEN

Durante la primavera de 1709 habíase presentado la ocasion de firmar una paz equitativa: todas las potencias aliadas contra Francia habrian podido entonces poner término á la guerra en condiciones favorables á los fines á que tendia la Gran Alianza de 1701. La preponderancia del Estado francés que constituía una amenaza para la libertad de Europa habia sido vencida por mar y tierra, y los intereses que especialmente el Imperio alemán defendia en aquella guerra habian conseguido una satisfaccion que podia considerarse suficiente para unas pretensiones moderadas.

Pero en realidad la base de 1701 habia sido hacia tiempo abandonada; nuevos puntos de vista habian sustituido á los antiguos, y se habian despertado y formulado nuevas ambiciones. Los holandeses exigian su *barrera* de fortalezas belgas, cuanto mas extensa mejor, como defensa permanente contra Francia; la política inglesa, en sus planes de conquista en las colonias, buscaba nuevos puntos de apoyo para su soberanía marítima en el Mediterráneo y en el Canal, y ambas potencias marítimas estaban resueltas á no abandonar la lucha sin que antes se les garantizasen de una manera amplísima sus antiguas y nuevas prerrogativas mercantiles. Al rechazar toda idea de reparticion, la sucesion íntegra é ilimitada de la casa de Habsburgo en la herencia española habia pasado á constituir el programa de la alianza. La continuacion ó conclusion de la guerra dependia de que se satisficieran todos estos intereses y á todo ello vino á agregarse que en Inglaterra, el miembro mas rico de la alianza y al propio tiempo dotado de mayores recursos militares, la continuacion de la lucha era la condicion en que descansaba el poder político del partido whig á la sazón gobernante y la que mayores ventajas económicas reportaba á elementos muy influyentes de la poblacion.

Que estando así las cosas y pudiendo la Francia aprontar siempre nuevas fuerzas para una resistencia desesperada, era poco menos que imposible llegar á una pacificacion general á no ocurrir nuevos acontecimientos de decisiva importancia, demostráronlo las inútiles tentativas de paz que se hicieron en 1710.

Luis XIV no habia cesado de trabajar por medio de negociaciones secretas para que se separara de la coalicion una ú otra de las potencias contra él aliadas: en Alemania habia explorado constantemente la opinion de la corte de Berlin, demostrando con ello que conocia perfectamente la situacion crítica de la política prusiana, y habia ofrecido las mas halagadoras condiciones para el caso de que Prusia retirara sus tropas y se mantuviera neutral. El rey Federico I, poco satisfecho de la conducta de sus aliados, especialmente de los holandeses, en la cuestion de la herencia de los Orange y descontento de la situacion subordinada que se le habia señalado dentro de la alianza, no rechazó en absoluto, ni mucho menos, las proposiciones que se le hacian.

Al mismo tiempo que las tropas prusianas combatian en Malplaquet, los agentes prusianos y franceses celebraban conferencias secretas para restablecer los antiguos lazos de amistad entre ambos Estados (1). Estos movimientos eran tanto

(1) Véase la carta del coronel Grumbkow al ministro francés de Torcy, de 5 de setiembre de 1709, en Droysen, tomo IV, págs. 283 y 300.

mas peligrosos cuanto que las relaciones entre las cortes de Berlin y Viena hacíanse cada vez mas tirantes. Decíase que el embajador prusiano en Viena, Bartholdi, habia hecho algunas manifestaciones propias para inspirar serios cuidados, habiendo dado á comprender que en el órden natural de las cosas estaba que en lo sucesivo el Imperio correspondiera á un príncipe protestante (2). Para vencer el disgusto del rey de Prusia y tenerle asegurado dentro de la alianza, presentóse en Berlin, en abril de 1710, el príncipe Eugenio por encargo del emperador, y merced á algunas dádivas y promesas vagas, logró atraerse al monarca y evitar que las tropas prusianas de Italia fueran retiradas, como se temia, de aquel teatro de la guerra. Pero cuanto mas se complicaban los asuntos en el Norte, cuestion de la cual luego hablaremos, y cuanto mas directamente afectados por ellos se sentian los intereses prusianos, tanto mas vacilante era la política de Prusia respecto de la Gran Alianza, siendo indudable que no podria ya contarse con este reino ni con sus tropas auxiliares.

Mas importantes que los arreglos intentados para atraerse á la corte de Prusia eran las nuevas negociaciones generales para la paz, á las cuales otra vez se prestó entonces Luis XIV y que se sostuvieron en Gertruydenberg desde marzo hasta julio de 1710. Estas negociaciones, en sus comienzos, tenian por objeto aceptar los tratados que en el año anterior habian fracasado en el Haya (3): el mariscal d'Huxelles y el abate Polignac, que negociaban en nombre de Francia, transmitieron la oferta de su rey de que estaba pronto á aceptar los preliminares de 1709 y solo exigia que se entablaran nuevas negociaciones acerca del artículo referente á España y acerca del alcance del armisticio que se firmara en el caso de que el rey Felipe V de España se negara á renunciar á su corona.

De los pormenores de las complicadísimas negociaciones que acerca de este punto se siguieron podemos prescindir y solo señalaremos como su rasgo característico que apenas se trató en ellas de las cuestiones que especialmente afectaban á los intereses alemanes. En tal estado las cosas en 1710, y gracias á las concesiones de Luis XIV, estaba casi fuera de discusion que se daria una satisfaccion al Imperio por lo menos en lo que se referia á Estrasburgo y á la Alsacia; pero dos circunstancias hicieron imposible toda inteligencia en aquella serie de ofertas y exigencias, de regateos y negativas.

Una de ellas fué que Luis XIV exigió entonces con mas energía que antes que se garantizara á su nieto una compensacion digna de un príncipe para el caso de que renunciara al trono de España, habiéndose propuesto como tal la cesion de las islas de Sicilia y Cerdeña, ó de Sicilia y Nápoles, ó de Aragon como reino independiente y otras varias combinaciones. Los holandeses, con tal de llegar á un arreglo, habrian consentido en la cesion de la isla de Sicilia que ya estaba en poder de los Borbones, pero todos los proyectos de esta clase fracasaron ante la enérgica oposicion de la corte imperial, la cual decia que si era precisa una compensacion para el rey Felipe, allá se las compusiera Francia, buscándosela á su propia costa, y llegó á proponer que para indemnizarle de la pérdida de la corona española Luis XIV cediera á su nieto la Borgoña, por ejemplo. De todos modos era indudable que el emperador no accederia espontáneamente á que se hiciera á Felipe V una donacion de territorios á costa de la herencia de los Habsburgos.

(2) Memoria del embajador veneciano Dolfin, en Armeth, tomo II, pág. 473: «ser justo que un día la corona imperial pase á honrar á los protestantes.»

(3) Véase mas arriba.

Luis XIV renunció por algún tiempo á esta exigencia, pero entonces surgió otro obstáculo para la paz. El rey Felipe, que para nada había intervenido en estas negociaciones, ¿cómo podía renunciar al trono de España? Era evidente que voluntariamente no haría tal renuncia, aunque Luis XIV se lo ordenara, y que la inmensa mayoría de la nación española le ayudaría en su resistencia, de suerte que solo por la fuerza de las armas se le podría arrojar de España, y ante esta necesidad probable el monarca francés, en el último período de las negociaciones, ofreció contribuir con cuantiosos subsidios, hasta la suma de un millón de libras mensuales si era preciso, á la guerra que á tal objeto emprendieran los aliados; pero también este paso resultó infructuoso. Garantizar al rey de Francia la paz ó un largo armisticio y emprender, aun cuando fuera con subsidios franceses, una guerra difícil en la península pirenaica y dejar que mientras tanto pudiera Luis XIV reunir fuerzas para nuevas luchas, era cosa que no podían aceptar los aliados y así lo declararon. Era imprescindible que el rey de Francia, que había sentado en el trono de España al usurpador, lo arrojara de él por la fuerza de su autoridad ó por la de las armas si esta no bastaba; así es que por boca de los diplomáticos holandeses se comunicó á los plenipotenciarios franceses, como *ultimatum*, que Luis XIV para participar de los preliminares de la paz debía obligarse á arrojar de España con sus propios ejércitos á su rebelde nieto.

Ante esta exigencia fracasaron las negociaciones de Gertruydenberg. Puede casi asegurarse que los esfuerzos entonces hechos por Luis XIV en pro de la paz fueron sinceros (1); pero la última intimación que se le hizo traspasaba la medida de las humillaciones que creía poder sufrir él imponer á Francia. En una renuncia voluntaria de Felipe V no había que pensar; suponer que con las armas francesas había de arrojar á su nieto del trono en que él mismo le había colocado, era una hipótesis que lastimaba á la vez el sentimiento y el honor: por esto los embajadores franceses se retiraron, en 25 de julio, de Gertruydenberg y el resultado de aquellas negociaciones fué que las dos partes se achacaron, en públicas manifestaciones llenas de indignación, la culpa de la prolongación de aquella guerra homicida.

¿Sobre quién debe pesar la grave responsabilidad de tal fracaso? No es dudosa la respuesta á esta pregunta. Al emperador José no le molestaba la continuación de una guerra de la cual esperaba nuevas y mayores seguridades para el logro de sus pretensiones; pero quien pronunció en Gertruydenberg la palabra decisiva que ocasionó el rompimiento de las negociaciones fueron las dos potencias marítimas. De estas la preponderante era entonces Inglaterra, pues hacia mucho tiempo que la política holandesa había acostumbrado, de buen ó mal grado, á ir á remolque de la inglesa, y en las últimas negociaciones para la paz nadie ejerció la influencia que el gran hombre de Estado y general inglés que se consideraba, y con razón entonces, como el director de la Gran Alianza. A la Inglaterra de Marlborough, al exclusivista interés de partido de los whigs que disponían de la corona y del Parlamento y para quienes la continuación de la guerra significaba poderío y riqueza, pudo agradecer Europa que en 1710 no terminara aquella lucha. Alemania especialmente

(1) Noorden, tomo II, pág. 673, saca esta impresión, en cuanto al modo de pensar de Luis XIV, de la correspondencia francesa por él utilizada; en cambio opina que los dos diplomáticos franceses, muy especialmente Polignac, eran menos sinceramente partidarios de que la paz llegase á ser un hecho, porque temían arrostrar para sí la responsabilidad de una paz tan humillante para Francia. Es digno de notarse que, además de Marlborough, también el príncipe Eugenio dudó siempre de la sinceridad de los deseos de paz de Luis XIV.

tuvo que agradecer á la alianza inglesa que no fueran un hecho las condiciones para ella beneficiosas de Gertruydenberg y que una vez más perdiera el Imperio germánico á Estrasburgo y la Alsacia.

La guerra, pues, continuó: Francia tenía aun un ejército intacto á las órdenes del general Villars, pero Luis XIV se guardaba bien de aventurarlo en una batalla campal. La lucha tomó nuevamente el carácter de guerra de sitio y hasta el otoño de 1710 cayeron en poder de los aliados una porción de plazas fuertes fronterizas francesas, empezando por Douai y siguiendo por Bethune, Saint-Venant y Aire, anteriores conquistas del monarca francés que á la sazón volvía á perder. El ataque se iba acercando cada vez más á la antigua frontera francesa propiamente dicha.

Por aquel mismo tiempo, es decir, durante el verano de 1710, el valiente Guido de Starhemberg alcanzaba en España una serie de victorias que parecían presagios de la pronta y completa ruina de la causa borbónica en este país; entonces y á consecuencia de las batallas ganadas en Almenara y Zaragoza, entraba por segunda vez en Madrid el Habsburgo Carlos III; y en aquel mismo tiempo agonizaba en Hungría la rebelión de Rakoczy. La superioridad de las potencias de la Gran Alianza había, pues, llegado á una altura tal que toda resistencia de Francia á sus más altaneras exigencias parecía imposible.

Peró precisamente entonces comenzaron los desastrosos reveses que, acaecidos en los más diversos puntos, contribuyeron todos á dar un nuevo giro á los acontecimientos y dieron á la guerra el término más inesperado.

Aquellas victorias, brillantes en apariencia, que consiguió Starhemberg durante el verano de 1710, fueron los últimos destellos de la fortuna militar de los Habsburgos en España, pues ya en otoño prodújose un cambio general que obligó á los aliados á huir ante las fuerzas de Vandoma y á retirarse de Castilla, no sin que por el camino el general inglés Stanhope sufriera una terrible derrota en Brihuega (4 de diciembre) cayendo prisionero con todo su ejército. Algunos días después, encontráronse en Villaviciosa Vandoma y Starhemberg (10 de diciembre), y aunque el mariscal austriaco quedó dueño del campo de batalla, no hizo con ello más que asegurarse la retirada. Al poco tiempo, Carlos III no tenía más que Cataluña con su capital Barcelona, y cuantas tentativas hicieron los imperiales para lograr que la suerte cambiara resultaron infructuosas. La ocupación de España por los Borbones era un hecho.

Más decisiva fué la desgracia que poco después ocurrió á la casa de Habsburgo: el emperador José I se encontraba en la flor de su edad; veíase circundado de gloria y acariciaba grandes planes. Habíase casado con la princesa Guillermina Amalia de Brunswick, hija del duque Juan Federico de Hanóver, y había tenido de ella dos hijas, además de un varón que murió tempranamente. En los primeros días de abril cayó enfermo. Hacía muchos años que algunos de sus amigos hablaban recelosos del peligro que para el Estado y para la dinastía entrañaba el hecho de que el emperador no hubiese tenido en su infancia la viruela natural, y á los pocos días de caer enfermo vióse que se hallaba atacado de aquella terrible dolencia. José previó en seguida su muerte; «*jipse sui augur: vale, inquit Imperator!*» dice su biógrafo latino (2), y por no poner en peligro tan preciosa vida negóse á conceder la audiencia de despedida al príncipe Eugenio que se disponía á partir para los Países Bajos y que tampoco había tenido

(2) Wagner: *Historia Josephi*, pág. 404. El Delfín de Francia murió de la misma enfermedad.

aun aquella enfermedad (1). Al día siguiente ocurrió la crisis, falleciendo en 17 de abril el emperador José I, cuando no contaba todavía treinta y un años.

Las consecuencias de este suceso fueron de inmediata trascendencia. Muerto José I, debía heredar los Estados austriacos el hijo segundo del emperador Leopoldo, el archiduque Carlos, el pretendiente á toda la herencia española, por quien luchaba la Gran Alianza desde 1703 y que entonces defendía penosamente en Barcelona contra las fuerzas muy superiores hispano-francesas el resto de su soberanía en la provincia pirenaica. La emperatriz madre, Leonor, hizo cargo en Viena de la regencia hasta el regreso de Carlos, á quien se enviaron emisarios con la noticia de la muerte de José y el encargo apremiante de que cuanto antes regresara á Alemania. En Viena era donde debía estar el nuevo soberano á fin de salvar el Imperio para su dinastía y defender la amenazada cohesión de la Gran Alianza.

A pesar de esto varios meses transcurrieron antes de que Carlos se decidiera á salir de España: sentía por la misión que en la península había aceptado y á la cual se había consagrado con toda su juvenil energía una predilección personal que naturalmente fomentaban los elementos españoles que le rodeaban, y dolíale en extremo abandonar aquella causa precisamente en los momentos en que más en peligro estaba. Así es que manifestó terminantemente que era preciso conservar la España á toda costa y escribió al conde Wratislaw, que se encontraba en Viena, diciéndole que de ningún modo debía pensarse en la posibilidad de que este país fuera arrebatado á la casa de Habsburgo (2). Lo propio pretendía respecto de los demás territorios hereditarios, exigiendo que se mantuviese íntegro el antiguo programa y haciendo ver con empeño á los aliados, en el Haya y en Londres, que «su única salvación y la de Europa dependían de que esta monarquía pueda volver á mi casa ducal sin una sola desmembración.» Mas para la realización de este programa era indispensable que el jefe de la familia de los Habsburgos estuviera en Alemania: los avisos que de Viena llegaban á Carlos eran cada vez más apremiantes y el canciller Wratislaw escribía que el rey no podía, como el buen pastor del Evangelio, abandonar á las noventa y nueve ovejas para ir en busca de una descarriada, y que su presencia en los países hereditarios era imprescindible. Carlos cedió por fin á la necesidad, y al salir de España dejó en Barcelona como prenda de su próximo regreso de Alemania á su esposa Isabel con el título de «gobernadora general.» La joven princesa, nieta del duque Antonio Ulrico de Wolfenbuttel, madre de la que después fué la emperatriz María Teresa, y dotada de belleza, valor y talento excepcionales, se consagró animosa y sabiamente á la imposible tarea que le había sido confiada. El día 27 de setiembre de 1711 embarcóse el rey Carlos en el navío de línea inglés *Blenheim* para dirigirse á Alemania por Italia, y nunca más volvió á pisar el territorio español.

¡Cómo habían cambiado entretanto las cosas! Por más que en Viena y en Barcelona se perseverase cada vez más en la idea de que la Gran Alianza debía aun persistir imperturbable en la realización del antiguo programa y seguir luchando para que la casa de Habsburgo pudiera entrar en plena posesión de la herencia española, la muerte de José I había modificado por completo las relaciones en que respecto de esta cuestión se encontraban los aliados. El rey Carlos era entonces el único del nombre de los Habsburgos, y esto sentado, era conveniente que una misma persona alcanzase el poderío que significaban los reinos de Austria y de España y

(1) Armeth, tomo II, pág. 164.

(2) Armeth: *Vida de Starhemberg*, pág. 666.

además el Imperio? ¿Debían los Estados aliados contribuir á que se creara una potencia que había de ser para todos ellos una amenaza mayor que la que para sus contemporáneos había sido Carlos V? Con toda seguridad puede afirmarse que apenas llegó la noticia de la muerte de José I á Londres, el Haya y aun Berlin, es decir, á las tres capitales más interesadas en el asunto, surgió simultáneamente en todas la idea de que no era posible que tal sucediera y de que era preciso apelar al antiguo medio conciliatorio de una repartición (3). La primera cuestión á que había que atender era el arreglo de los asuntos interiores de Alemania, especialmente la elección de emperador.

Las antiguas y detalladas historias del Imperio y las colecciones de documentos refieren minuciosamente la inexplicable confusión que tan inesperado interregno produjo (4). El elector Augusto de Sajonia y el elector Juan Guillermo del Palatinado, este en sustitución del de Baviera sobre el cual pesaba todavía la proscripción imperial, encargáronse del vicariato del Imperio y, como era costumbre en casos análogos, procuraron explotar lo más lucrativamente posible aquel alto puesto que por poco tiempo debían ocupar, sin hacer caso de las quejas y acusaciones que contra su proceder se levantaron. Se promovieron feñidísimas contiendas de competencia acerca de la continuación de la Dieta, de la provision del cargo vacante de «miembro de la Cámara de justicia,» ó sea del presidente de la Cámara imperial de Wetzlar, y de otros asuntos de la suprema administración del Imperio, y hasta hubo su pequeña lucha armada cuando el duque Guillermo Ernesto de Weimar se creyó en el caso de aprovechar contra el príncipe Antonio Gunther de Schwarzburgo la oportunidad del gobierno del vicariato para demostrar con las armas en la mano que el señorío turingio de Arnstadt, perteneciente á Schwarzburgo, no era feudo inmediato del Imperio, sino de Weimar. La Dieta de Ratisbona, que estaba entregada desde 1709 á un verdadero trabajo de Danaides para establecer una «capitulacion electoral permanente,» procedió entonces con tanta rapidez y actividad que electores y príncipes llegaron á ponerse de acuerdo en un «proyecto» que contenía algunos puntos nuevos importantes y que fué adoptado como base para las próximas negociaciones electorales (5).

Más importancia tenía la elección misma. Inmediatamente después de la muerte de José apresuróse el gobierno de Viena á adoptar las medidas necesarias para que fuese elegido el candidato Habsburgo, Carlos, el entonces rey de España, en favor de quien parecían estar todas las probabilidades. Los dos electores enemigos del Imperio, el de Baviera y el de Colonia, los hermanos Wittelsbach, estaban excluidos de la elección como proscriptos, y no era de esperar que la protesta que entonces formularon contra la legalidad del proceso de proscripción y contra la supresión de sus votos tuviera eficacia alguna, tanto menos cuanto más solícitamente se interesaba en secreto por ella la diplomacia francesa. De los otros dos electores eclesiásticos era de esperar que darían su consentimiento, sobre todo si Viena no se mostraba avara en las acostumbradas dádivas que se conocían con el nombre de «gastos electorales.» El elector de

(3) Droysen, tomo IV, pág. 375, cita un documento fechado en Viena en 11 de abril (?) de 1711, según el cual el canciller Wratislaw había concebido ya un proyecto de repartición.

(4) Véase Heinrich: *Historia del Imperio alemán*, tomo VII, página 624.

(5) El elector Maximiliano Manuel había intentado en 1709, con ocasión de las conferencias de el Haya, ponerse secretamente de nuevo en relación con los aliados y había propuesto una permuta de Baviera con los Países Bajos, ó Mantua ó Cerdeña; pero sus proposiciones habían sido rechazadas. Véase Wagner: *Historia Josephi*, pág. 284.

Maguncia estaba en íntimas relaciones con la corte de Viena, la cual estaba completamente segura por la misma razón de los votos electorales del Palatinado y de Hannover. En cuanto al elector Augusto de Sajonia, corrían rumores de que pensaba presentar candidato a su propio hijo (1), como se le atribuía también el plan de pretender para sí la corona de Hungría; pero este infatigable aspirante veíase envuelto en tantos y tan complicados asuntos a causa del nuevo sesgo que las cuestiones del Norte habían tomado, que poco había que temer de él: a lo sumo podía suceder que tratara de aplazar la elección todo lo posible para conservar más tiempo el cargo de vicario del Imperio que no dejaba también de ser políticamente productivo.

Quedaba el voto de Prusia, respecto del cual reinó durante algún tiempo en Viena viva inquietud. Tiempo hacía que corrían voces de que el rey Federico trataba de adquirir para sí o para su heredero la corona imperial (2); pero tales rumores eran, por lo que sabemos, completamente infundados: Federico I no acarició nunca seriamente este proyecto. La diplomacia francesa creía, es cierto, que con este cebo podría echar un anzuelo para separar de la alianza al rey de Prusia, a quien acosaban infinidad de agentes franceses poniendo a su disposición los votos electorales de Baviera y Colonia y diciéndole que Francia estaba ya en negociaciones para conquistar otros muchos votos, que un ataque de las tropas francesas en el Alto Rin vendría a su auxilio en el momento de la elección y otras cosas por el estilo. Al propio tiempo dejábanse entrever, para el caso de que Prusia se entendiera con Francia y mandara retirar sus tropas de los Países Bajos y de Italia, muchísimas ventajas, entre ellas el reconocimiento del título de rey, el apoyo en la cuestión de la herencia de los Orange, garantías respecto de Neufchatel, subsidios para las tropas prusianas que se retiraran de los teatros de la guerra, etc. El rey Federico I dejó que le hicieran estos ofrecimientos más o menos sinceros, y entró en negociaciones aunque de la manera menos comprometida posible, pues estando como estaban en perspectiva nuevas negociaciones de paz y notándose algunos síntomas que indicaban la próxima disolución de la Gran Alianza, parecía prudente en todo caso no rechazar en absoluto un lazo de unión con Francia (3).

No de otro modo consideraba también estos esfuerzos Luis XIV, el cual no se hacía ilusión alguna respecto de las pocas probabilidades que tenía Prusia de alcanzar la corona imperial, ni consideraba muy compatible con su conciencia de católico interesarse porque fuera elegido emperador un príncipe protestante (4). Mas sería se estimó su tentativa de crear dificultades a la casa de Habsburgo con la presentación de la candidatura de Augusto II de Sajonia-Polonia:

(1) Arneth, tomo II, pág. 179. En esta decisión influyó mucho el legado Albani, a quien la curia romana envió temporalmente a Alemania para el asunto de la elección. Véase Lamberty, tomo VI, pág. 656.

(2) Así lo refiere, entre otros, el elector de Maguncia al príncipe Eugenio. Véase Arneth, tomo II, pág. 167.

(3) Lamberty: *Memorias*, tomo VI, pág. 646; Wagner: *Historia Josephi*, página 428, y especialmente los documentos publicados por Droysen, tomo IV, pág. 300, acerca de las negociaciones con el conde de la Verne. Lo que no puede asegurarse es hasta qué punto estaban realmente autorizados esta clase de agentes, pues como es natural, en la colección oficial de las instrucciones no se encuentra nada referente a esta diplomacia de segundo ó tercer orden.

(4) «No convendría al celo del rey por la religión excitar a un príncipe protestante a pretender para sí el Imperio aun cuando cabría discutir si esa novedad sería efectivamente un mal para la religión; las intenciones de Su Majestad son únicamente favorables a un príncipe católico.» Instrucción para el brigadier Hoock dirigida al rey Augusto de Polonia y fechada en 6 de mayo de 1711, inserta en la Colección de instrucciones, tomo IV, pág. 275.

inmediatamente después de recibida de Viena la noticia de la muerte de José, Luis XIV envió un embajador especial a Polonia para excitar a aquel príncipe a pretender la corona imperial, ofreciéndole para ello los votos de los dos Wittelsbach y todos los demás apoyos que dependieran del poder del monarca francés. El embajador recibió al propio tiempo el encargo de explorar la opinión de las cortes de Berlín y Hannover sobre una candidatura polaco-sajona (5), y en el caso de que esta no prosperara, el rey se declaraba también conforme con una candidatura del elector de Hannover, con tal que este quisiera abrazar el catolicismo. El objetivo que en todas estas negociaciones se proponía la política francesa era ante todo aplazar cuanto fuera posible cualquiera decisión a la elección referente y convertir este asunto en motivo de discordia entre los príncipes alemanes, «porque es evidente, se decía, que nada contribuirá tanto a restablecer la tranquilidad en Europa como la discordia que este acontecimiento puede producir entre los príncipes de Alemania.»

Estos piadosos deseos expresados con brutal franqueza no pudieron ser satisfechos, pues ni Augusto II de Sajonia ni Jorge Luis de Hannover presentaron sus candidaturas al trono imperial. Una semana después de la muerte de José I, el rey Federico de Prusia hizo declarar en la corte de Viena que su voto estaba a disposición de la casa de Habsburgo y aun envió a Barcelona una embajada para hacer igual declaración al rey Carlos. Como de costumbre, presentóse al propio tiempo una lista de «aspiraciones» cuya satisfacción se recordaba aprovechando aquella coyuntura y al final de las cuales se hablaba en términos mesurados de los «conocidos cuatro principados silesianos de Liegnitz, Brieg, Wolan y Jagerndorf,» diciendo: «Sus Reales Majestades desean por lo menos que la pretensión, que en su caso tengan, sea discutida de una manera razonable lo propio que el modo injusto como han sido despojadas (6).» Pero de todos modos Prusia aseguraba formalmente su voto electoral a la casa de Habsburgo.

A esto se añadió que las dos potencias marítimas aisladas, Inglaterra y los Estados generales, se dirigieron resueltamente a las cortes electorales, excitándolas a que lo más pronto posible eligieran al rey Carlos (7): la política inglesa especialmente, prosiguiendo en el cambio de conducta de que más adelante hablaremos, veía en ello el medio mejor para alejar de España a los Habsburgos y de llevar a cabo sus planes secretos de paz con Francia.

Según costumbre tradicional en el Imperio, sobre todo en lo que se refería a las negociaciones sobre la capitulación electoral, retardóse por algunos meses la elección, pero puede afirmarse que nunca peligró la candidatura del Habsburgo. Por fin realizóse aquella en Francfort el día 12 de octubre de

(5) Instrucción para el «brigadier» Hoock fechada en Marly en 6 de mayo de 1711, inserta en la *Colección de instrucciones*, tomo IV, pág. 266. De ella se deduce que Luis XIV tenía por inverosímil, por lo menos entonces, una candidatura prusiana; mas para el caso de que se hiciera al embajador alguna indicación en este sentido se le encargaba que «guardara silencio» y diera cuenta de ello (pág. 275). Si en Alemania realmente se pensaba en una elección protestante, «Su Majestad prefería el duque de Hannover a cualquier otro,» porque aquel, siguiendo el ejemplo de muchos individuos de su familia, quizás se haría católico (pág. 277). Véase, pues, como nada estaba más lejos del ánimo de la política francesa que la idea de un Imperio prusiano que, en el fondo, era indudablemente el que menos agradaba. Como es natural, esto no excluía que en otros puntos se trabajara secretamente en este sentido.

(6) Lista de los «principales desiderata, dirigida a la corte imperial» en 19 artículos, inserta en Droysen, tomo IV, pág. 297. Véase también en Droysen el artículo referente a Silesia, que es el décimotercero, y la contestación que a ello se dió, que hubo de ser forzosamente dilatoria. Tomo IV, pág. 378.

(7) Lamberty, tomo IV, pág. 629.

1711: descartados los votos de los dos proscriptos Wittelsbach, quienes protestaron de toda elección que sin su coparticipación se llevara a cabo, los de los demás electores fueron para el rey Carlos III de España, que fué proclamado emperador, procediéndose a estos actos sin hacer caso de la ruidosa oposición del nuncio pontificio Albani, que llevaba también el encargo de reproducir la protesta romana contra el título de reino concedido a Prusia (1).

El nuevo emperador, que al salir de España pasó por Italia, recibió la notificación oficial de su elección en Milan, en 30 de octubre, y algunas semanas después hizo su entrada en Francfort, donde fué solemnemente coronado el día 22 de diciembre.

Casi dos siglos habían transcurrido desde que el gran Carlos V, elegido y llamado por los electores alemanes, había salido de España y llegado al Imperio: la monarquía española con todas sus posesiones y el Austria alemana estaban bajo su soberanía; la corona imperial completó su poderío. También en el momento que estudiamos el joven Habsburgo llegaba al Imperio procedente de España, y al recordar gozoso esta coincidencia acariciaba las más halagüeñas esperanzas de que en él reviviría por tiempo infinito la antigua grandeza de su casa en toda su magnitud y aun notablemente aumentada: así pensaba Carlos VI, el último Habsburgo.

El suceso que más que otro alguno imprimió el sello característico en aquellos años tan abundantes en cambios trascendentales, fué la conversión política que se operó en Inglaterra. En su origen, la Gran Alianza contra Francia había sido obra de la política anglo-holandesa de Guillermo III. Durante una década rica en gloria y en triunfos las dos potencias marítimas habían seguido el impulso entonces adquirido; pero a la sazón Inglaterra se separaba de la comunidad, trazábase a sí misma nuevos derroteros é imprimía a los asuntos generales una dirección muy distinta de la hasta allí seguida.

No es propio de este lugar describir detalladamente como fueron derribados y sustituidos por otros los hombres é intereses que hasta entonces habían dominado en Inglaterra: baste decir que a ello contribuyeron mezquinas intrigas personales, sordas cábalas cortesanas y poderosos intereses políticos de partido. El hecho de que en el corazón de la reina Ana comenzara a agitarse la sangre de los Estuardos y de que se sintiera vejada por la preponderancia del partido whig, cada día más sólida desde los comienzos de su reinado, fué signo de la primera posibilidad de un cambio muy pronto reconocido por sus adversarios. Sabido es que el rompimiento de la reina con lady Marlborough fué uno de los primeros síntomas del apartamiento de la soberanía respecto de aquellos con quienes hasta entonces había estado unida: mistress Masham, que sucedió a aquella en el favor de Su Majestad, negoció las primeras relaciones entre el partido tory y la corte, y ya en el verano de 1710 el ministro del Tesoro, Godolphin, que con Marlborough constituía el más firme apoyo del partido whig, fué destituido y reemplazado por un adversario suyo. El creciente movimiento de toda la nación contra el partido whig a auxiliar estos cambios ocurridos en la corte y en el gobierno: enfrente del interés que por la continuación de la guerra tenía el partido mercantil dominante de los grandes capitalistas, levantábase con los

(1) Lamberty, tomo VI, pág. 656. El embajador prusiano en la elección, el conde Dohna, significó muy seriamente al cardenal que su persona corría peligro si se atrevía a presentar la protesta oficialmente, en vista de lo cual Albani desistió de su plan. Véase M. Lehmann: *Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 402.

tories la necesidad apremiante de paz que sentían los propietarios de tierras cubiertos de deudas y abrumados bajo el peso de los impuestos: la lucha era entre el interés rural y el interés mercantil, entre los condados y las ciudades. En las elecciones parlamentarias de 1710 los tories volvieron a tener por vez primera después de mucho tiempo una representación importante en la cámara de los Comunes, y al frente del gabinete entraron los dos jefes de este partido, Harlay (después lord Oxford) y Enrique Saint John (después lord Bolingbroke).

Esta modificación permitió que desde entonces la política inglesa tuviera por objetivo el logro inmediato de la paz. Destruída la prepotencia de los whigs, la opinión pública imponía cada vez más su pensamiento que se condensaba diciendo: se han conseguido los fines que impulsaron la política inglesa a la guerra, é Inglaterra no tiene ya que luchar más por la grandeza de la casa de Habsburgo. Esta opinión se armonizaba perfectamente con el interés de partido de los tories: con la paz, con tal que asegurara los intereses especiales de Inglaterra y proporcionara las esperadas ganancias, podía quedar completamente quebrantada la popularidad de que hasta entonces habían disfrutado los whigs, y resultaba superfluo, y podía prescindirse de él, el mismo Marlborough, de quien en aquella sazón todavía se necesitaba.

Así entró Inglaterra en la nueva senda de las negociaciones secretas para la paz, y entró en ella mucho antes de que la muerte del emperador José I ofreciera un pretexto aparente para renunciar al programa hasta entonces seguido y para separarse de la alianza que en él se había fundado (2). El gobierno tory comenzó su gestión disponiéndose a sacrificar en aras de la política exclusivista inglesa y del provecho del partido tory su lealtad a la alianza y los intereses de sus aliados.

Llevóse este propósito a cabo con la prudencia y astucia más extremadas, pues mientras agentes diplomáticos secretos dirigían el asunto en aquel sentido, públicamente se anunciaba la continuación de la guerra, la ejecución del antiguo programa y el contentamiento de todos los aliados. En octubre de 1711, Francia é Inglaterra habían llegado a ponerse de acuerdo acerca de un proyecto de preliminares de paz, en los cuales se comenzaba por desistir del empeño de que la casa de Austria conservara a España. Francia hizo promesas generales respecto de las peticiones de los aliados ingleses, quienes, por el contrario, habían concretado fijamente sus exigencias que consistían en la cesión de Gibraltar y del puerto de Mahon, Terranova y la bahía de Hudson, en la demolición de Dunkerque, en amplias garantías para el comercio inglés en la América del Sur, etc. Por último se acordó convocar un congreso general para la paz que se reuniría en Utrecht.

Esta conducta exclusivista no fué aprobada por los holandeses ni por la corte imperial: a los políticos de los Países Bajos conveniales, además de buenos tratados de comercio, atender preferentemente al interés de su «tratado de barrera,» y ya en 1709 habían firmado con el gobierno inglés un tratado muy ventajoso para su patria, en virtud del cual la barrera de plazas fuertes en Bélgica que a los Países Bajos se había prometido debía extenderse hasta Tournay, Condé y Lila. Pero este acuerdo comenzó a perder su estabilidad a consecuencia de la iniciada inteligencia anglo-francesa y el gabinete tory dió claramente a comprender que no pensaba cumplir aquel tratado concertado por sus antecesores los

(2) El emperador José murió en 17 de abril de 1711, y en enero del mismo año ya había celebrado el mediador secreto inglés Gaultier su primera conferencia con el ministro Torcy en París, no significando nada que la iniciativa formal partiera de Francia.